Año XXI. Num. 43.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

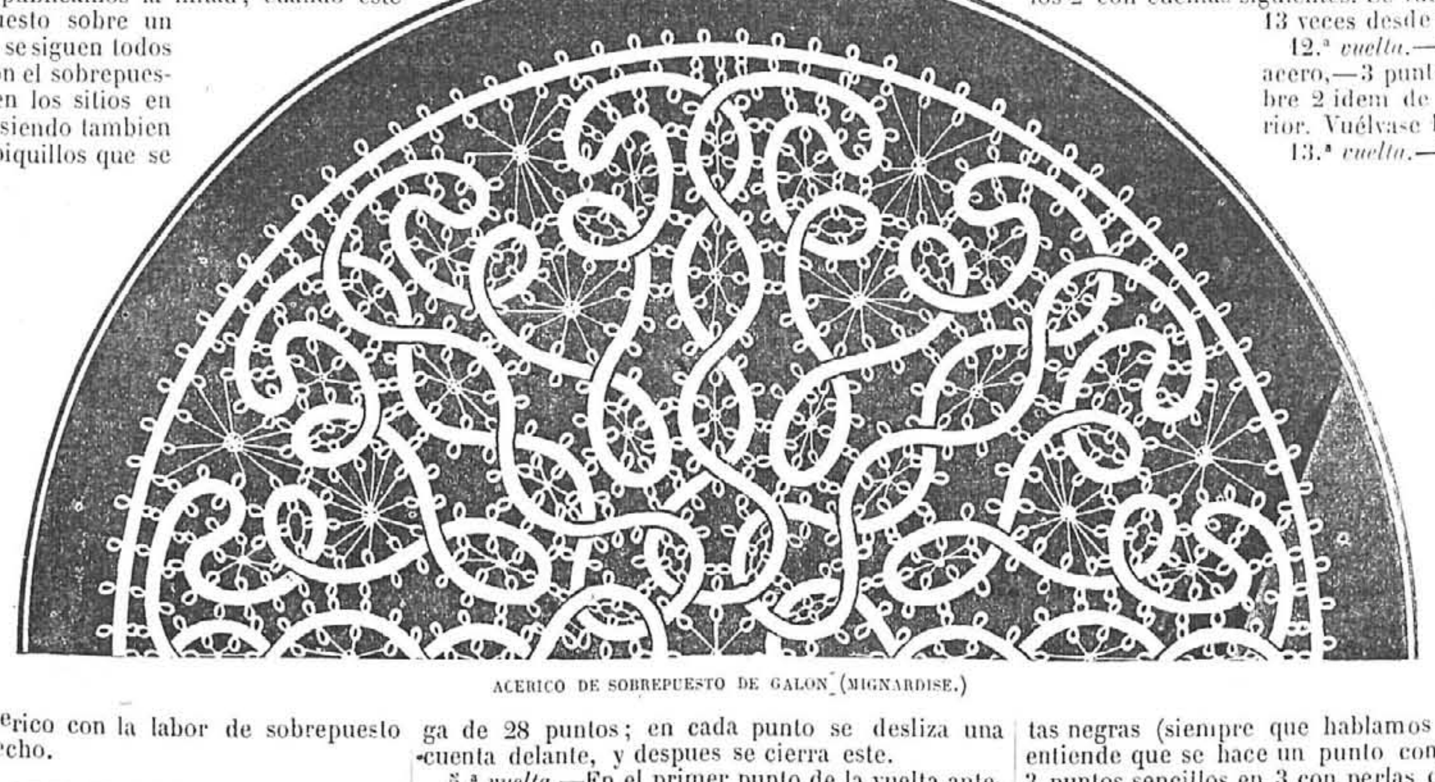
Sumario.—Acerico en labor de sobrepuesto de galon.—Bolsillo redondo.—Chal con medallones cuadrados.—Carterillas para guantes.—Casquete de tafilete.—Mosaico de seda.—Galería de mujeres célebres.—Explicacion del grabado de modas.—El Doctor Antonio.—Visita de SS. MM. á la bodega del Sr. Gonzolez.—Explicacion del figurin iluminado.—Charada.—Solucion á la del número 41.

Acerico en labor de sobrepuesto de galon.

(Mignardise.)

Este dibujo se ejecuta con galon negro de seda. Se trazan sobre papel los contornos del acerico *entero*, del que publicamos la mitad; cuando este papel se ha puesto sobre un pedazo de hule, se siguen todos los contornos con el sobrepuesto, cosiéndolo en los sitios en que se cruza, cosiendo tambien uno á otro los piquillos que se tocan, y haciendo, en fin, los calados de encage que se indican en el dibujo.

Se prepara un acerico redondo de percal, que se rellena de salvado; se le cubre con tafetan color de cereza, azul, rosa ó verde; se le rodea con un rizado *á la vieja*, hecho con cinta igual al tafetan, y en fin se cubre una de las caras del acerico con la labor de sobrepuesto que ya se ha hecho.



ACERICO DE SOBREPUESTO DE GALON (MIGNARDISE.)

Bolsillo redondo.

MATERIALES.—Una madeja de torzal blanco de seda; 2 madejas del mismo torzal verde de medio color; 10 á 12 hilos de cuentas de acero del n.º 5; cuentas negras redondas; una boquilla de acero con cadena.

Este bolsillo se compone de dos redondelas hechas por separado, unidas por arriba por medio de la boquilla de metal, y por abajo por medio de una vuelta de puntos sencillos. Las redondelas se hacen con puntos sencillos: el revés de la labor se convierte en derecho del bolsillo; la parte de abajo se guarnece con un fleco de cuentas.

Se ensartan cuentas negras en seda verde,—cuentas de acero en seda blanca. Con la seda verde se hace una cadeneta compuesta de un corto número de puntos, á fin de que, cuando el último se haya reunido al primero, no quede vacio en el medio de este circulito; se crece el número de puntos en las vueltas siguientes, de modo que la 4.ª se componga de 28 puntos; en cada punto se desliza una cuenta delante, y despues se cierra este.

5.ª *vuelta.*—En el primer punto de la vuelta anterior se hacen (con seda blanca) * un punto liso,—en el siguiente dos puntos con cuentas de acero. Se vuelve á comenzar 13 veces desde *.

6.ª *vuelta.*—Como el anterior, pero sin crecido, esto es, que no se hacen dos puntos en uno.

7.ª *vuelta.*—Como las 5.ª y 6.ª, pero haciendo 2 puntos sin cuentas en cada punto sin cuentas. El crecido se verifica, por consiguiente, en los puntos sin cuentas.

8.ª *vuelta.*—(Seda verde). En el primer punto liso (sin cuenta) de la vuelta anterior, se ponen: * 2 cuentas negras, despues, en los puntos siguientes con cuentas, se hacen 2 puntos sencillos.—Vuélvase á comenzar 13 veces desde *.

9.ª *vuelta.*—Como la anterior.

10.ª *vuelta.*—* En los 2 primeros puntos de la vuelta anterior, 2 cuentas negras,—en los 2 sencillos siguientes de la misma vuelta anterior, se hacen 3 puntos sencillos. Se vuelve á comenzar 13 veces desde *.

11.ª *vuelta.*—(Seda blanca). * 3 cuentas de acero en 3 puntos sencillos de la vuelta anterior,—2 en los 2 con cuentas siguientes. Se vuelve á comenzar 13 veces desde *.

12.ª *vuelta.*—* 3 cuentas de acero,—3 puntos sencillos sobre 2 idem de la vuelta anterior. Vuélvase 13 veces desde *.

13.ª *vuelta.*—* 3 cuentas de acero,—3 puntos sencillos en el mismo número de la vuelta anterior.—Vuélvase 13 veces desde *.

14.ª *vuelta.*—* 3 cuentas de acero,—4 puntos sencillos en 3 id. de la vuelta anterior.—Vuélvase 13 veces desde *.

15.ª *vuelta.*—(seda verde).—Sobre 4 puntos sencillos de la vuelta anterior se ponen 4 cuentas negras (siempre que hablamos de cuentas, se entiende que se hace un punto con cada una);—* 3 puntos sencillos en 3 con perlas de la vuelta anterior. Vuélvase 13 veces desde *.

16.ª *vuelta.*—* 4 cuentas negras,—4 puntos sencillos en 3 de la vuelta anterior.—Vuélvase 13 veces desde *.

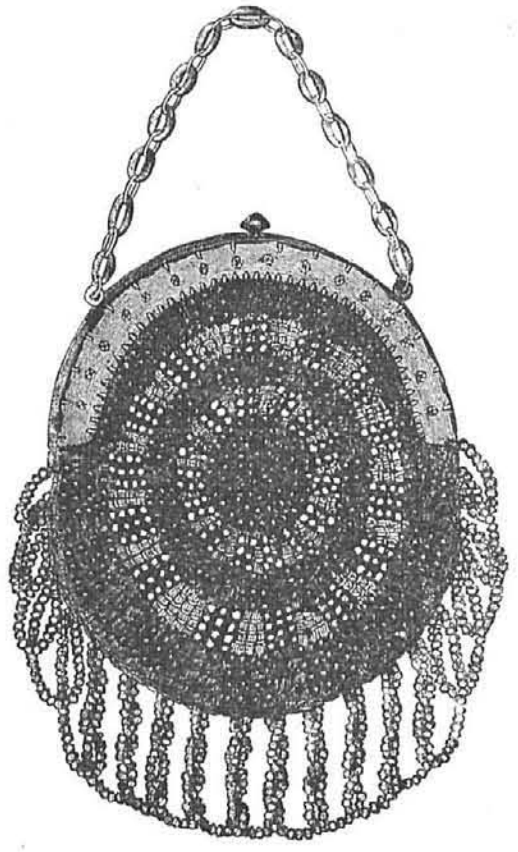
17.ª *vuelta.*—Se hace en el mismo número de puntos que la 16. En la vuelta 18 se completan los ocho cuadros de cuentas colocadas en el borde inferior del bolsillo. En los otros seis cuadros se hacen puntos sencillos, porque las cuentas no permitirian la colocacion de la boquilla.

© Biblioteca Nacional de España

Se hace otra redondela como esta, despues se las coloca revés con revés, y se las une haciendo con seda verde puntos sencillos, para los cuales se pica el crochet en los bordes á la vez. En seguida se pone la boquilla, que se cose con seda en la que se han ensartado cuentas de acero.

Los bucles que forman el fleco son mas cortos en los lados que en el centro. Se ensartan 15 cuentas de acero para los mas cortos, y se aumenta este número hasta que llegue á 36.

Este bolsillo puede hacerse enteramente blanco, sustituyendo á las cuentas de acero cuentas doradas,—ó blanca y azul, con cuentas oro y plata.



BOLSILLO REDONDO AL CROCHET.

Chal con medallones cuadrados.

Es de granadina de seda negra,—los medallones de tafetan violeta, rodeados de una cinta violeta de centímetro y medio de ancho, dispuesta en feston. Los medallones están además adornados con una especie de estrella hecha al crochet con seda negra. El chal va orlado por un guipur negro mas ó menos ancho; debe cuidarse, al colocar los medallones, que los de la parte superior queden por el derecho cuando el chal se doble.

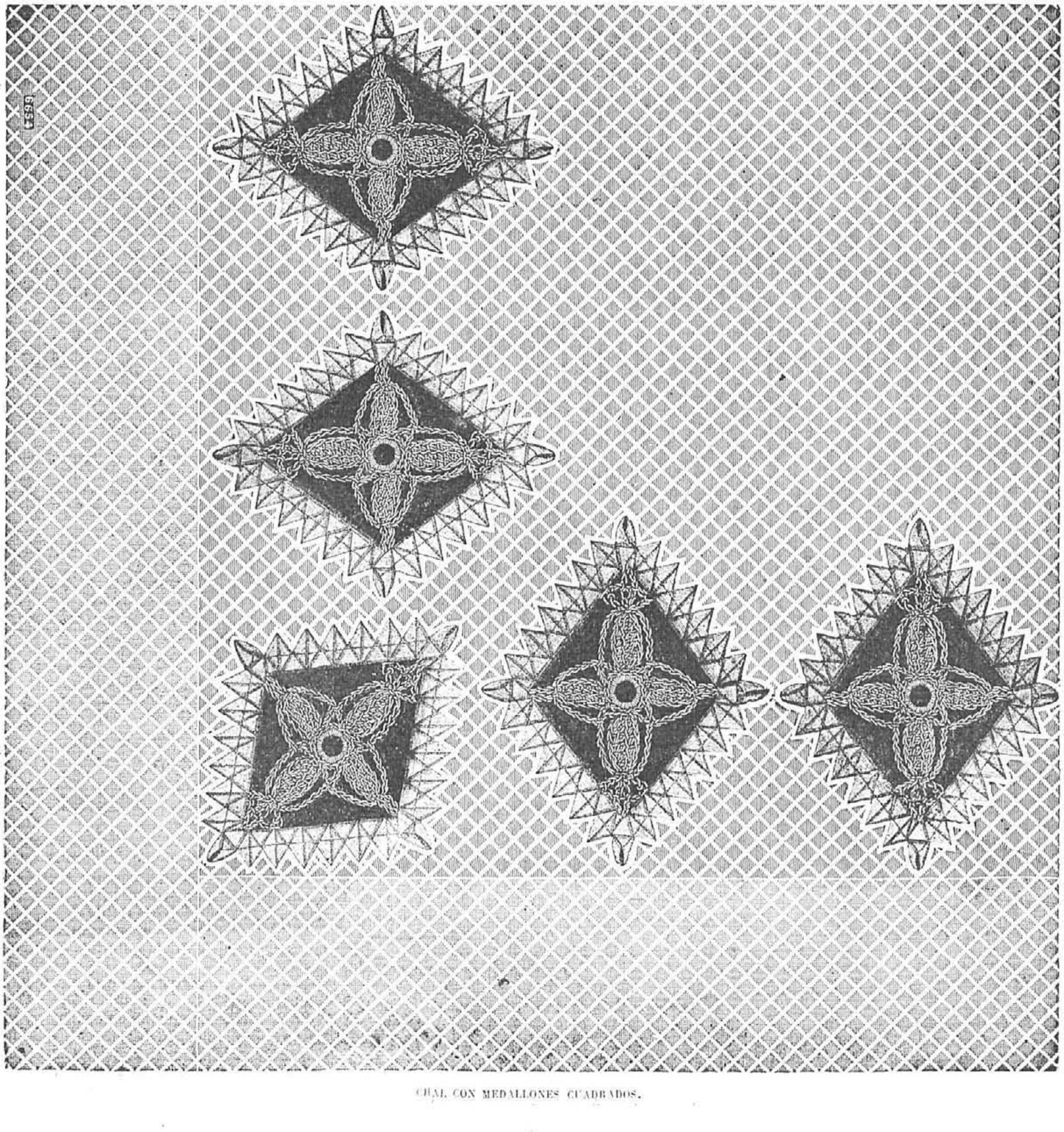
Estrella al crochet.—Se hace una cadeneta de 10 puntos y se la reune en redondo.

1.ª *vuelta*. — En cada punto 2 sencillos; — en todo 20.

2.ª *vuelta*.—6 puntos en el aire, sobre los cuales se vuelve haciendo 5 sencillos; esto forma la vena de una de las 4 puntas; sobre el primer punto de esta vena se coloca un punto-cadeneta, para encontrarse al otro lado de ella, sobre el cual se hacen 6 puntos sencillos,—al extremo de la vena 5 en el aire,—1 sencillo en aquel mismo punto de la vena en que se hizo el punto que precede á los puntos en el aire;—en cada uno de los 5 puntos siguientes que pertenecen á la vena se hace uno sencillo,—despues en la redondela un punto-cadeneta. La punta que se acaba de hacer cubre unos 3 puntos poco mas ó menos de esta redondela.—Se hacen en seguida 5 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en el tercer punto de la redondela, pasando por tanto 2 de la vuelta anterior; en seguida se hace la segunda punta de la estrella; es mas corta que la explicada, y la vena central se compone solo de cuatro puntos en el aire, sobre los cuales se vuelve haciendo 3 puntos; en la extremidad no se hacen puntos en el aire. La tercera punta se hace frente á la primera y es igual á ella, como la cuarta es igual á la segunda.

3.ª y última *vuelta*.—Se ata la seda al extremo de la primera punta; se hacen: * 5 puntos en el aire, —1 punto-cadeneta en el 2.º punto del feston hecho con puntos en el aire,—5 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en el 4.º punto del mismo feston; —5 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en la punta de la rama, al lado opuesto á aquel en que se ha atado la seda,—9 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en el punto del medio del feston que se encuentra entre la primera y la segunda rama,—5 puntos en el aire,—1 punto-cadeneta en el feston que hay entre la segunda y la tercera hoja; — para las demás puntas de la estrella se continúa como se ha hecho para estas.

Estas especies de estrellas se cosen sobre los medallones de tafetan, se rodean estas con la cinta dispuesta en festones; se los cose sobre el chal consultando el dibujo.



CHAL CON MEDALLONES CUADRADOS.

© Biblioteca Nacional de España

Carterilla para guantes.

MATERIALES.—Un pedazo de terciopelo de 50 centímetros de largo y 30 de ancho; un pedazo de tela de seda de igual tamaño; un poco de algodon en rama, etc.

Esta carterilla comprende dos dibujos; el 1.º la representa concluida y doblada sobre sí misma; el 2.º extendida y vista por dentro. En el centro se bordará al pasado, ya la palabra *Guantes*, ya las iniciales de la persona á quien se destina el objeto.

Nuestro modelo es de terciopelo granate, bordado con seda color de cereza, y con forro de seda blanca. Cuando se ha concluido el bordado, se guarnece el terciopelo con algodon en rama, polvoreado con raiz de lirio, despues de lo cual se cose el forro; cada lado largo se dobla para formar las dos bolsitas. La cartera lleva al rededor un cordon grueso de pasamanería de colores adecuados, formándose con él bucles en todos sus extremos, como lo indica el dibujo.

Casquete de tafilete, para caballero.

MATERIALES.— Tafilete gris; trencilla fina gris y trencilla de oro; torzal de seda negro, pardo y gris; cuentas negras.

Este dibujo podrá servir para un casquete de borde vuelto hácia arriba, ó bien para un casquete comun. En el primer caso, el bordado servirá para la parte que vuelve, que es un poco mas ancho por el borde de arriba, puesto que el otro ha de seguir el contorno de la cabeza; entonces lo demás del casquete es liso.—Si no se hace de esta especie, el dibujo se ejecutará en línea recta.

Este bordado puede ejecutarse sobre un fondo de terciopelo ó de cachemira, pero el tafilete es preferible.

Todos los contornos se hacen con trencilla fina de oro, atravesada de arriba abajo, ya por puntos de torzal negro, ya por puntos de seda gris ó amarillo de oro; los puntos negros se indican en el dibujo. El interior de las hojas largas se rellena al pasado con seda gris; las redondelas salpicadas en el interior se hacen á punto de nudillo con seda de color pardo; los arabescos, con trencilla de oro ó seda amarilla; en estos arabescos se cosen cuentas negras.

Mosaico de seda.

PATCHWORK.

MATERIALES.—Retazos de terciopelo y de diferentes telas de seda; torzal de seda de muchos colores.

Estrellas de seis puntas forman el dibujo que publicamos hoy, y que podrá servir para cogin, taburete, butaca, etc.—Este dibujo se rodeará con triángulos recortados en terciopelo negro, que llenan dos lados de él: su forma varía en los lados transversales, y debe adaptarse á los huecos que deja el mosáico. Si se hace solo una fila de estrellas, se compondrá un bello dibujo para canastilla.

Nuestro modelo se hace de terciopelo negro,—tafetan grosella,—verde y blanco; los exágonos que llenan los vacíos entre las estrellas son de tafetan grosella; la costura que los une está cubierta por una trencilla fina negra;—una roseta de terciopelo negro está colocada en el medio; las seis puntas de la estrella son alternativamente blancas y verdes. Los losanges (que forman las puntas de las estrellas) están rodeados por una costura en cruz hecha con seda negra fina; los losanges blancos van además adornados en su medio con una rama hecha á punto de espina con seda verde; los verdes con dos lunares lila y dos amarillos hechos con seda.

Puede tambien ejecutarse esta labor en estilo oriental, en punzó,—azul fuerte,—verde medio color,—naranja,—negro,—y blanco, ó en fin emplear todos los retazos de tela que se tengan, y hacer una labor arlequin; pero la combinacion que damos nos parece la mejor por su magnífico efecto.

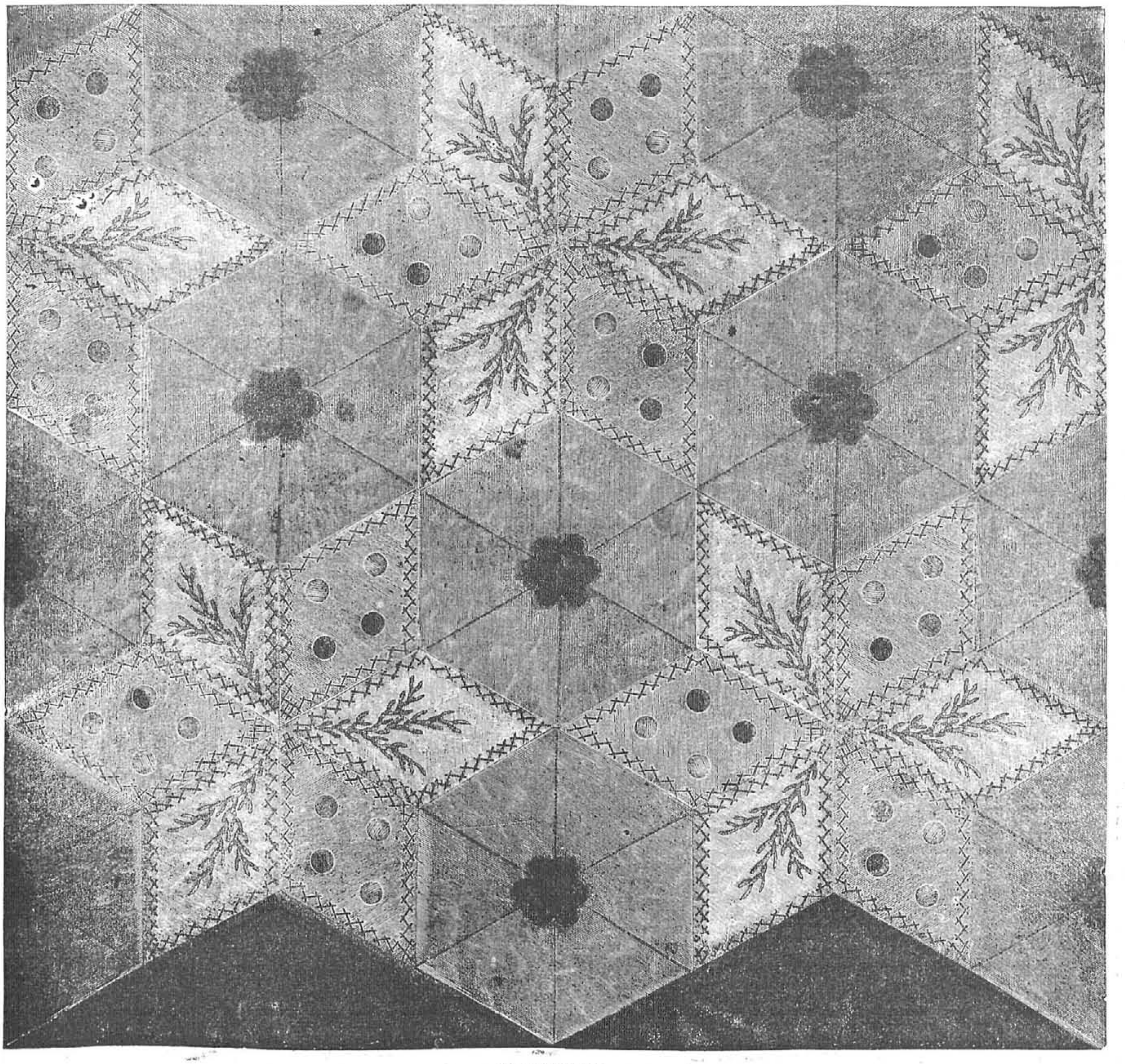
GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS
ESCRITA
POR LA SEÑORA
D.ª M.ª del Pilar Sinués de Marco.

(Continuacion.)

(Véanse los números 27, 31, 41 y 42.)

La reina, lívida ya de miedo al aspecto de la yegua, montó sin embargo, sin hacer objeccion algu-



MOSAICO EN SEDA.

© Biblioteca Nacional de España

na mientras el rey la miraba con maligna sonrisa.

La cabalgata partió al trote y Juana que á pesar de su terror, montaba muy bien, no halló dificultad en sujetar á su yegua aunque no le era conocida, pues por un refinamiento de crueldad, ordenaba el rey á cada nuevo paseo que la diesen distinta cabalgadura.

Pero la desdichada creyó morir de terror al llegar á las orillas del Támesis completamente helado, y al ver que el rey y todos sus caballeros entraban en el yelo como si fuera tierra firme.

—¡Ay Dios mio! exclamó Juana deteniendo á su yegua que se encabritaba furiosamente, ¿á donde vamos por aqui, señor?

—A Greenwich, querida mia, respondió el rey que no dejaba de reirse.

—¿A Greenwich? no puedo creerlo!

—Por qué?

—Si hay ocho millas!

—No importa eso.

—¿Y las hemos de andar sobre el hielo?

—Ciertamente.

El rey metió espuelas á su caballo, y la reina lo siguió, aunque por sus megillas corrian lágrimas de angustia.

Su agitacion y su terror eran tales que iba fuera de sentido: apenas podia darse cuenta de si vivia: respiraba con dificultad y en uno de los botes de la llegua se le cayó su sombrerillo de fieltro con largas plumas, sin que se apercibiese de ello.

La pobre reina tuvo pues que hacer todo el viage con la cabeza descubierta sobre la cual caia una menuda pero helada lluvia.

El rey se volvia á mirarla de cuando en cuando y soltaba una carcajada.

—Señora, le decia, lo que mas me divierte aqui es vuestro miedo: no os podeis figurar que cara tan alterada teneis y cuan extraña expresion han tomado vuestras facciones.

Un poco antes de llegar á la residencia real de Greenwich, la reina cayó desmayada sobre el yelo del rio, dando al caer del caballo un grito débil y lastimero: el peso de su cuerpo rompió el yelo, y á pesar de la diligencia de los cortesanos para levantarla, sus vestidos se empaparon en agua helada.

Sin embargo, era tal el temor que le inspiraba el rey y tan presente tenia el tajo fatal de Ana Bolena, que disimuló sus padecimientos y volvió á montar por un esfuerzo supremo de su voluntad.

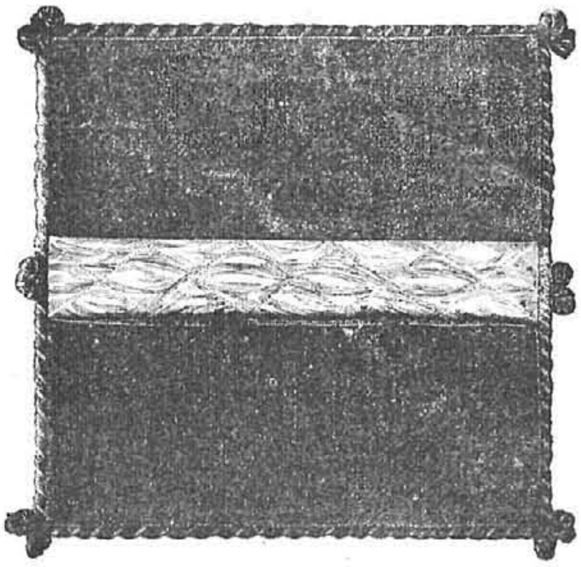
El rey la llamó torpe y sin embargo los dientes de la pobre Juana chocaban de tal modo con el frio de la fiebre, que se rompió dos.

Al llegar á Greenwich, cayó de nuevo al suelo presa de un desmayo profundo: se la colocó en un lecho y se llamó al médico mas cercano.

—S. M. ha sufrido mucho física y moralmente, dijo el doctor: está en cinta, y en un estado de debilidad extrema, y esta agitacion puede traer funestos resultados.

Juana abria los ojos en aquel instante y el rey se abalanzó hácia ella con un enojo sordo y concentrado.

—¡Cómo, desgraciada! exclamó sacudiéndola el brazo: ¿estais en cinta y nada me habeis dicho, exponiéndoos así á malograr al príncipe? eso es inaudito y merecia un



INTERIOR DE LA CARTERILLA PARA GUANTES.

castigo ejemplar.—La reina no respondió una palabra; el rey continuó:

—Desde hoy os prescribo una inmovilidad absoluta, lo entendeis? no os podreis mover ni andar, ni aun dejar vuestro asiento sin órden expresa mia.

Juana volvió á Lóndres en una litera, y sometida á las precauciones mas ridículas: su mismo marido se constituye en guardian suyo, y no la dejaba moverse, ni hablar casi, por el afan de salvar al heredero tanto tiempo esperado.

CARTERILLA PARA GUANTES.

La pobre reina pasó nueve meses de un martirio incesante y de continuos disgustos, porque el rey que ya se habia hastiado de ella la cuidaba tanto corporal, como la mortificaba moralmente.

Llegó por fin el mes de octubre de 1539, y con él el término del embarazo de la reina: esta hacia muchos dias que se hallaba postrada en cama, acosada de continuos desmayos y de espasmos nerviosos, fruto, sin duda, de los continuos sinsabores que le ocasionaba el rey.

VII.

Acababa octubre.

En el dormitorio de la reina de Inglaterra, alumbrado solo por una lámpara de plata, se hallaban el rey, sus tres médicos de cámara y todos los altos dignatarios del estado.

La reina acostada en un gran lecho esculpido, que tenia casi corridas sus anchas cortinas de seda, parecia llegar al término de su vida, segun era su palidez y el extremo abatimiento que la postraba.

Estaba muy delgada: su semblante siempre suave y dulce estaba tan pálido que se confundia con la batista de las almohadas y de las sábanas.

Las largas trenzas de sus cabellos rubios, libres de toda sujecion, bajaban hasta cerca del pavimento.

Juana permanecia inmóvil, pero de cuando en cuando agitaba su cuerpo un extremecimiento convulsivo, y dejaba escapar un lamento profundo y doloroso.

La desdichada sufria mucho.

Tantos dolores, tantos sobresaltos, tanto terror como habia padecido en un año, habian minado su endeble constitucion, llevándola á un estado desesperado.

Los médicos se acercaban al lecho de cuando en cuando: aplicaban un cordial á los labios secos y pálidos de la reina y volvian á salir de la alcoba.

Asi pasaron algunas horas: hasta las once de la noche. A esta hora el mas anciano de los doctores, se aproximó al lecho, como ya habia hecho muchas veces; observó á Juana y se acercó al rey con ademan resuelto.

—Señor, le dijo: hace treinta horas que la reina es víctima de crueles padecimientos, y estos, lejos de ceder, parecen aumentarse por momentos.

—Y bien? repuso el rey frunciendo el ceño.

—Señor, es preciso que V. M. decida si hemos de salvar á la reina ó al príncipe, pues es un príncipe lo que va á nacer.

—*Salvad al niño*, respondió el rey sin vacilar: *que mujeres es fácil encontrarlas.* (1)

La reina oyó estas inhumanas palabras y dejó oir un sollozo.

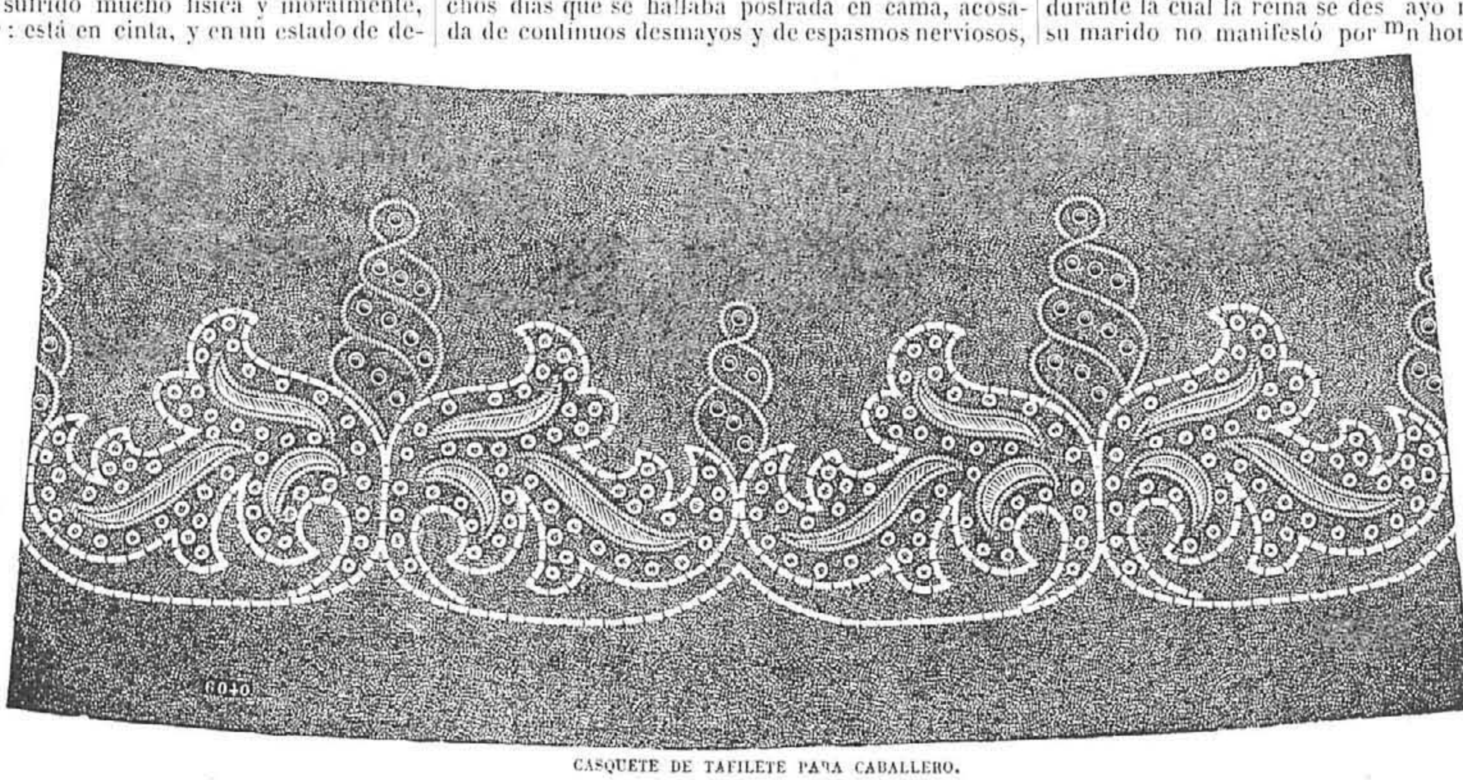
—¡*Ah, sí!* murmuró con profunda amargura, aunque con voz muy débil: *salvad al niño porque la madre ya no supone nada!*

El médico la dijo algunas palabras suaves, intentando consolarla é infundirle esperanzas: pero aquella desdichada mártir, no podia esperar ya vivir, sino muy corto tiempo despues de lo que habia oido.

Los doctores empezaron una terrible operacion, durante la cual la reina se desmayó muchas veces: su marido no manifestó por sus horribles padecimientos, ni dolor ni emocion.

Fijos los ojos en la puerta de la alcoba, solo esperaba ver á su heredero y ora animaba á los médicos con magníficas promesas, ora les amenazaba con las penas mas duras si dejaban morir al príncipe.

Tras una hora de cruel expectativa para los doctores, que á cada instante



CASQUETE DE TAFILETE PARA CABALLERO.

(1) Histórico.

© Biblioteca Nacional de España

creian ver á la reina lanzar el último suspiro, nació Eduardo VI.

La reina permanecia inmóvil, yerta: en vano los médicos despues de dejar al niño en los brazos del rey, volvieron á ella; no respiraba ni se movia!

—Pronto! los heraldos! gritó el rey con voz de trueno.

—Señor, la reina está agonizando, dijo uno de los *médicos, y bueno seria aplazar la ceremonia de la* proclamacion.

—No, no! ahora ha de ser! replicó el rey que ebrio de alegría presentaba á todos su hijo.

En efecto, entraron los heraldos, y á son de trompetas anunciaron el nacimiento del príncipe de Gales.

La cámara de la reina se fué llenando á cada instante mas de personas, y la ceremonia terminó sin que Juana hubiese recobrado, ni por un solo instante el conocimiento.

VIII.

Tres dias despues, y á las diez de la noche, tuvo lugar la ceremonia del bautismo.

A las ocho, el rey que no habia vuelto á ocuparse de su esposa, entró en la cámara de esta.

—Vestios al momento, querida mia, le dijo.

—¿Qué decis, señor? preguntó Juana con un acento tan apagado que apenas se la oia, y no pudiendo creer lo que á su vez estaba oyendo.

—Digo, querida mia, que os vistais.

—Ay, Dios mio! exclamó Juana con terror: ¡si no podré tenerme en pié! apenas veo lo que pasa en *derredor mio.*

—No hay necesidad de que os tengais de pié, repuso el rey ásperamente: habeis de estar sentada en un sillon.

—Pero si no veo nada! tal es la debilidad de mi cabeza!

—Eso tampoco importa: no hace falta que veais sino que os vean á vos: lo exige la etiqueta.

—Pero señor, el bautismo de los príncipes ha tenido siempre lugar un mes despues de su nacimiento.

—Pues yo he dispuesto que mi hijo se bautice á los tres dias de nacer.

Juana comprendió la inutilidad de emplear mas réplicas: el rey llamó á sus doncellas y la vistieron al instante.

Pusiéronla un trage de tisú de plata cuyo peso hubiera bastado á rendir á cualquiera otra mujer robusta y corpulenta, ciñeron sus sienes con la corona real, y la cargaron de joyas de una manera fabulosa.

Inútil fué que la desdichada pensase en dar un solo paso: los objetos daban vueltas ante su vista: temblaba con el frio de la fiebre, y sus doncellas hubieron de sentarla en un sillon.

En un instante se adornó la *cámara* y se *abrieron* las puertas: antes de pasar á la capilla, la llevaron su hijo; á quien bendijo y besó muchas veces, derramando abundantes lágrimas.

La princesa María, llamada por su padre para ser la madrina de su nuevo hermano entró tambien a verla.

—¿Cómo os encontrais, señora, le preguntó María con afecto.

—¡Ah, muy mal, querida mia! repuso Juana con tristeza; pero, añadió tomándole una mano, cuanto os agradezco que tengais á mi hijo en la pila bautismal!

María soltó la mano de la reina porque su contacto la abrasaba; poco despues salieron todos á uno de los salones, y se arregló el cortejo para ir á San Pablo, que es donde debia tener lugar la ce-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de alpaca color Lavaliere.—Lo bajo de la enagua está orlado por un volante muy estrecho (3 centímetros) de tafetan del mismo color que el trage; tiras de terciopelo negro dispuestas en forma de triángulo, rodeadas de rizados sencillos de tafetan, guarnecen la enagua, y sobre este adorno corre una tira recta—5 centímetros de ancho—con los mismos rizados. El corpiño no tiene punta ni cinturon: va orlado por una tira de terciopelo y rizados, y forma una faldeta muy pequeña. Las mangas son estrechas sin ser ajustadas: señalan el codo y no tienen jockey.

Trage de tafetan lila.—Lo bajo de la enagua está guarnecido por delante con una tira de tafetan lila de un punto mas oscuro, orlada de guipur negro: otra tira, formando túnica, orla la enagua por detrás, sube hasta la cintura disminuyendo de ancho, y continúa sobre el corpiño formando tirantes: ámbas tiras, guarnecidas de guipur negro, están atravesadas de trecho en trecho por un galon negro de pasamanería, que termina cada extremo en un boton. Mangas semi-anchas, guarnecidas como el trage.

© Biblioteca Nacional de España

remonia. Abria la marcha un gran piquete de caballería: seguia una carroza dorada, en la cual iban la marquesa de Hastnig con el príncipe en los brazos, la madrina, que era la princesa María, y los padrinos elegidos por el rey que eran los duques de Norfolk y de Cramer, pariente el uno de Juana y primer ministro el otro.

Seguia otra carroza, en la cual iban la princesa Isabel, hija de la desgraciada Ana, y que solo contaba cuatro años, con un trage resplandeciente de pedrería, y lord Seymour, hermano de la reina actual.

¡Extrañas grandezas de la tierra que asi reunen á la hija de la mártir Ana con el hermano de su sucesora.

(*Se concluirá.*)

NOVELA.

—16—

EL DOCTOR ANTONIO.

El doctor me dijo al entrar que Battista habia sido llamado á San Remo para el asunto de la quinta, y que me preparase yo á ir con él y con mi madre á San Remo. Nos dijo que hablaria al comandante y trataria de arreglarlo todo.

El doctor no nos declaró entonces lo que supimos despues, que fueron enviados de San Remo dos carabineros para prender á Battista; que le habian cogido en la calle, que le habian atado las manos, que le habian paseado por la poblacion como si hubiese sido un ladron ó un asesino, y que se le llevaron en una barca diciendo que cumplian con la ley.

—No creo que haya mucha justicia en tales leyes, dijo Esperanza amargamente.

El doctor, mi madre y yo fuimos lo mas pronto que pudimos á San Remo, dirijiéndonos en derechura á la cárcel; pero como no teniamos permiso, nos negaron la entrada.

Entonces nos presentamos en casa del comandante, y alli nos dijeron que estaba ocupado y que no podia recibir á nadie.

El doctor Antonio insistió y fué introducido; pero no consiguió nada, ni siquiera un permiso para ver á Battista.

Despues de haber estado preso una semana en San Remo. ¡Dios sabe por qué! le trasladaron á Génova escoltado por carabineros, y le metieron en el arsenal, de donde no le dejaron salir.

El doctor Antonio escribió en su favor á todos sus amigos de Génova y aun al cónsul inglés. El cura nos dió una carta diciendo que Battista debia ser considerado como si no tuviera padre, pues su padre le abandonó cuando aun no habia cumplido dos años; pero nada sirvió.

—¿Y qué diferencia habia habido si en realidad hubiese muerto su padre? preguntó Lucy.

—No habria entrado en quinta; el hijo único de una viuda se halla exento del servicio militar. La ley se compadece de aquel cuyo padre ha fallecido; ¿por qué no ha de ser lo mismo con aquel cuyo padre es como si no existiera? Pero dejemos esto; la ley siempre es inflexible para los pobres. Battista, como ya sabeis, ha sido condenado y... (Speranza hizo un violento esfuerzo para contener su emocion, y luego continuó lentamente): En fin, cúmplace la voluntad de Dios; yo lo sufriré todo sin quejarme; no todos hemos nacido para ser dichosos. Quiero ofrecer todas mis esperanzas de este mundo en sacrificio á la Virgen, la santísima madre de los Dolores, Si está decidido que yo no deba ser nunca... la mujer de Battista, puedo renunciar á él; pero no puedo, no (y la pobre jóven estalló en sollozos): no puedo soportar la idea de que se abandone al mal; no puedo consentir en que habiendo sido un modelo de bondad, se ponga ahora á marchar contra los mandamientos de Dios, y que estemos separados tambien en la otra vida. Esto es lo que me desgarra el corazon, lo que me vuelve loca... ¡Oh! no, no; ¡Dios no lo permitirá!

Era la primera vez que Lucy se hallaba en contacto con un dolor de corazon; era la primera vez que la necesidad, la miseria, la angustia, abstracciones vagas hasta entonces, se alzaban delante de ella en toda su espantosa realidad.

Inútil será indicar los tesoros de simpatía que èsa triste relacion despertó en el alma tan buena y tan cándida de Lucy, y las palabras afectuosas, las caricias y las ardientes promesas de socorro que la sensible jóven prodigó á la pobre italiana.

—¡Quizá conoceis al rey! dijo la jóven clavando en Lucy sus grandes ojos negros radiantes de esperanza.

—No, dijo Lucy; ¿por qué?

—Porque si hubiérais podido decirle la historia de Battista, estoy segura que se habria compadecido de nosotros? ¡Oh! ¡Si pudiera saberla el rey!... El rey tan grande en su trono, ¿cómo habia de querer que unos pobres como nosotros fuesen tan desgraciados?

—Si no podemos hablar al rey, dijo Lucy, podemos escribirle; quiero decir, podemos enviarle un memorial en favor de Battista.

—Eso no serviria de nada, respondió la italiana con desaliento; las peticiones de los pobres no llegan nunca á manos del rey; los malos consejeros lo impiden.

—Pero quizá, insistió Lucy, hallaremos alguien que nos prometa entregar la peticion al rey en persona.

Speranza se encojió de hombros. Era evidente que tenia muy mala opinion sobre las peticiones.

—Algun medio hallaremos, exclamó Lucy; preguntaré al doctor Antonio lo que hay que hacer.

Las dos jóvenes convinieron en esto. Seperanza tenia mas confianza en el doctor Antonio que en la peticion.

Lucy pensó mucho tiempo en la historia de Speranza: y deseaba ardientemente que llegara el otro dia para preguntar al doctor cuál era el mejor camino que se podia tomar en aquel asunto.

Despues reflexionó en el papel que el doctor Antonio habia desempeñado en aquel pequeño drama, y confesaremos que no encontraba ni falsa ni exagerada la expresion entusiasta de ángel guardian que la jóven italiana le habia dado.

Aquel hombre parecia haber nacido para el bien. ¿Lucy que habia oido decir y no sabia por experiencia propia que por todas partes en donde habia males que curar, lágrimas que enjugar, se encontraba siempre el doctor Antonio?

Una luz acababa de penetrar en su espiriru; comenzaba á comprender por qué un hombre superior como Antonio podia contentarse con su parte actual; mas aun, se sentia dispuesta á concebir una idea muy distinta de aquella humilde esfera en que el destino habia colocado al jóven médico, esfera llena de miseria, de opresion y de injusticia, hecha por consiguiente para evocar toda la energía, todo el ardor caballeresco de aquella naturaleza privilegiada

Lucy se perdió muy luego en un laberinto de reflexiones y de pensamientos por donde no la seguiremos, pero que la interesaban infinitamente mas que Manzoni ó la guitarra, y que la hicieron pasar las horas sin sentirlo.

Sir John tambien cuando entró por la tarde parecia estar muy alegre, cosa que Lucy atribuyó en gran parte al paso que habia dado el doctor aquella mañana; pero como Sir John hacia grandes elogios del antiguo cocinero del obispo de Albenga, nos inclinamos á creer que los manjares que le habian sacado á la mesa tenian mas parte que el doctor Antonio en el optimismo del baron.

IX.

LOS PROYECTOS DE LUCY.

A la otra mañana al despertarse Lucy encontró que el cielo y la mar habian recobrado su fisonomía ordinaria, y el canto de los pájaros le pareció de una dulzura maravillosa.

Apenas acababa de almorzar, oyó unos pasos fuertes y precipitados. A este ruido bien conocido de ella, Lucy se preguntó por qué experimentaba ella aquella emocion que Speranza la dijo haber sentido al reconocer en el jardin los pasos de Battista.

Algunos instantes despues el Doctor Antonio entraba con la sonrisa en los labios como de costumbre, afable y respirando bondad por todos sus poros. Venia cubierto de polvo, y este polvo no la parecia mal á Lucy, pues atestiguaba su impaciencia por verla.

—Hé aqui la perla de las enfermas, dijo al entrar; y que debe haber dormido bien, se lo conozco en la cara. ¡Ved como ya he trabajado para vos!

Y al decir esto cubrió su lecho con un monton de plantas aromáticas.

—Direis á Hutschin que os haga acericos con estas plantas; no hay nada en las perfumerias que pueda rivalizar con esto.

—Gracias, gracias, dijo Lucy; ¡qué olor tan hermoso! Estas flores me recuerdan los campos y las verdes colinas.

—Si haceis lo que os aconsejo, dijo Antonio, os servirán un dia cuando esteis lejos de aqui, para recordar nuestra pobre Riviera.

—No me hableis de marcharme de aqui, doctor Antonio; esta casa ha concluido por gustarme, y voy á pedir á mi padre que la compre y la trasforme en un bonito edificio; ¿sentiriais que fuéramos vecinos?

Y al decir esto asomó á sus labios una sonrisa á la cual Antonio respondió con una mirada séria, casi melancólica.

—Ahora, doctor Antonio, sentaos cerca de mi, y no conteis con que os soltaré antes de dos horas, lo menos; tengo muchas cosas que deciros y muchas que preguntaros.

Antonio obedeció, y Lucy dijo entonces con un airecillo importante:

—Speranza me ha hablado de ella y de Battista.

—Lo sé y me alegro. La habeis animado y parece estar un poco consolada. He leido la carta del pobre Battista.

—Es preciso socorrerle, dijo Lucy, y quiero que me digais lo que hay que hacer. ¿Será verdad todo lo que Speranza me ha contado?... ¿Battista es un buen muchacho?

—Sí, dijo Antonio, todo es verdad; Battista es muy bueno, tanto que á veces extrañaba yo como una muchacha tan viva y tan inteligente como Speranza habia podido concebir por él un amor tan violento. Pero es una locura que tales cosas sorprendan.

El doctor hizo una pausa y continuó:

—Lo cierto es que en todo Bordighera no hay mas que una voz para elogiarle, y ya sabeis que el elogio del prójimo no es la virtud dominante en los pueblos pequeños. En cuanto á la exactitud de las noticias de Speranza, yo responderia menos; no porque la acuse de haber querido engañaros voluntariamente, es incapaz de semejante cosa; pero ella, su madre y Battista, y aun los nueve décimos de los habitantes de Bordighera tienen sobre este asunto ciertas ideas falsas que en vano tratariamos de arrancar de sus cabezas. Speranza naturalmente os ha trasmitido sus ideas erróneas. Primero es para todos ellos articulo de fé que habiendo sido abandonada la madre de Battista por su marido, debe ser considerada como viuda (no la llamaron nunca sino la viuda Susana), y su hijo como hijo de viuda. Ahora bien, eso hasta cierto punto puede estar en el espiritu, pero no en la letra de la ley. Despues se figuran todos que la carta del alcalde de Bordighera, anunciando á Battista que no formaria parte del contingente, constituye en favor del mozo un título oficial, en cuya virtud este debe quedar en todo caso exento del servicio. En esto tambien se engañaa. La carta del alcalde no es mas que la expresion de un acto individual hijo del buen deseo, sin valor legal ninguno. La verdadera posicion de Battista es esta: Ha sacado ó han sacado por él un número alto, segun se creyó en un principio, para dispensarle de formar parte del contingente: pero que desques no se halló en las mismas condiciones.

Lucy no comprendia.

—Figuraos: repuso Antonio, que la provincia á que pertenece Bordighera debe suministrar diez mozos á la marina. El que saca el número veinte puede considerarse como libre, y que segun las probabilidades queda libre en efeto. Sin embargo, suele suceder que entre aquellos que han sacado los números inferiores (del 1 á 10, verbigracia), y que por consiguiente deberian servir de derecho, uno ó dos no tienen la talla, otros dos están en el extranjero y no se presentan, otros se encuentran en la categoria de las exenciones que reconoce la ley, etc. ¿Cuál es la consecuencia natural? Porque el gobierno necesita diez hombres y los saca de un modo ú otro. —La consecuencia natural es que los quintos que tienen números altos reemplazan á los que no sirven ó á los que faltan. En este caso se encuentra el pobre Battista, y aunque nadie dudara en un principio que su número le libertaba del servicio, sucedió sin embargo que á causa del número extraordinario de las exenciones de aquella quinta, todos se engañaron, incluso el alcalde.

—Ahora comprendo, dijo Lucy, y á juzgar por lo que acabais de decir, supongo que la acusacion de Speranza contra el comandante de San Remo no tiene fundamento alguno.

—Asi lo creo yo tambien, respondió Antonio. Que en las quintas como en otras cosas nuestros comandantes se muestren parciales é injustos, es un hecho notorio que no admite duda; los comandantes están siempre dispuestos á abusar de su poder; pero en el caso particular de que hablamos, nada que yo sepa, puede autorizarme á decir que el comandante de San Remo haya puesto á Battista en la penosa situacion en que se halla. Seamos justos hasta con nuestros adversarios.

—¿Es enemigo vuestro el comandante? preguntó Lucy un tanto alarmada.

—No por cierto. Tengo mis motivos para dudar de la sinceridad de su amistad, pero en apariencia nos hallamos en los mejores términos. Ya os diré algun dia á qué debo esas demostraciones de buena voluntad. Al llamarle mi adversario hablo bajo el punto de vista político. Naturalmente es partidario decidido del despotismo; arroja espuma por la boca cuando habla de los liberales, y si pudiera á todos los ahorcaria.

—¡Qué mónstruo! exclamó Lucy.

—Pero aunque le absuelvo, continuó Antonio, de la queja de conspiracion contra Battista, no puedo menos de manifestar mi indignacion por la dureza y la barbarie, con que hizo ejecutar la ley, una ley que ya pesa bastante sobre el pobre sin que sea necesario agravar su rigor. ¿Qué razon podia tener para guardar al pobre muchacho durante una semana entera en la cárcel de San Remo, negándole hasta el consuelo de ver á las dos infelices mujeres, y para mandarle despues á Génova con una escolta de carabineros, á menos que no fuese para satisfacer una antigua venganza?

—¡Qué crueldad! exclamó Lucy con los ojos chispeantes de indignacion. Si se denunciara esa conducta en una peticion de los habitantes dirijida al gobierno, ese comandante seria destituido.

—Olvidais que estamos en Italia, dijo Antonio con una sonrisa llena de tristeza. Esas acciones son públicas. Los comandantes obran segun las intenciones del gobierno, y asi son sostenidos y apoyados por él en todas ocasiones. ¿Sabeis cuál seria el resultado de una peticion como esa que decis? Seria enviada al comandante, y ¡ay de los pobres que la habian firmado!

—¿Y que podria hacerles?

—Todo cuanto quisiera. Aquí estamos todos á su discrecion. Puede llamar al que se le antoja, llenarle de injurias, enviarle á la cárcel ó á una fortaleza sin forma legal de ninguna especie; puede mandar cerrar la tienda de un mercader, recojer á otro su licencia; con escribir dos lineas puede expulsarme á mi del reino; en fin, puede poner un sombrero en la punta de un palo, y como otro Gessler obligar á todo el que pasa á inclinarse delante de ese símbolo de su autoridad. Si no hace nada de todo eso, no es porque le falte poder.

© Biblioteca Nacional de España

sino porque no quiere hacerlo.

—Pero ese estado de cosas es intolerable, dijo Lucy.

—Intolerable, con efecto, al menos para los que piensan. Los que no piensan, la mayoria aqui como en todas partes, esos no lo notan tanto. La oscuridad del mayor número les pone hasta cierto punto al abrigo de los vejámenes, y la vida material *res augusta domi*, con su acompañamiento de cuidados, ocupa demasiado á la gente para que piense en otra cosa que en los negocios; pero hénos ya bien lejos del pobre Battista.

—Es verdad, dijo Lucy sonriendo. Ahora lo que quiero que me digais es como puedo auxiliarle.

—¡Ay! exclamó Antonio, no veo mas que un medio.

—¿Y cual es?

—Comprarle un sustituto.

—¿Pagar á uno para que sirva en vez de Battista?

—Justamente, pero no hay que pensar en eso.

—¿Y por qué? ¿costaria muy caro? Yo lo haré si puedo, dijo la noble y generosa jóven... ¿Qué he dicho para que abrais así los ojos?...

—Confieso que vuestra generosidad...

—Basta, doctor Antonio; ¿no hemos dicho á menudo que el rico debe socorrer al pobre?

—Sin duda, repuso Antonio recuperando su sangre fria. A Dios gracias, hay seres en el mundo que no están contentos si no hacen bien al prójimo.

—Eso he pensado yo de vos muchas veces y con fundamento, dijo Lucy con una alegría que contrastaba con las lágrimas que rebosaban sus ojos, y no teneis derecho para decir lo contrario. ¿Creeis que sea dificil encontrar el sustituto?

—Creo que no; he oido hablar hace poco de un marino de Spedaletti, aldea que está cerca de aqui, que ha cumplido su tiempo y que deseaba, segun dicen, volver al servicio.

—¿Cuánto pediria por reemplazar á Battista?

—Sesenta ó setenta libras esterlinas.

—No me parece mucho; ignoro si tengo esa cantidad en el bolsillo, pero puedo tenerla.

Miss Davenne pidió á Hutschin su bolsillo que contenia la mitad de la suma.

—Pediré lo restante á mi padre, dijo la jóven, y mañana podeis disponer de esa cantidad; ¿quereis ocuparos de ese asunto inmediatamente á fin de no perder un dia mas?

—Con mucho gusto, respondió Antonio. Lo primero que haré será ver al hombre de quien me han hablado. Si en realidad desea volver al servicio, le enviaremos en seguida á Génova con dinero para sus gastos de viaje. Lo demás de la suma en que se ajuste, podrá depositarse en manos del cónsul de Inglaterra en Génova, para que le sea entregado cuando esté admitido como sustituto de Battista. Siempre habrá algunas dilaciones por las formalidades que es preciso llenar. Pero no digamos una palabra á Speranza, por si acaso saliera mal nuestro proyecto.

—¿Pensais que pueda salir mal? preguntó Lucy consternada.

—¿Quién sabe? dijo Antonio; si el comandante lo supiera y se empeñara en poner obstáculos, nos venceria infaliblemente. Así pues, debemos obrar con cautela.

Las palabras «nuestro proyecto,» ó «debemos hacer esto ó aquello» resonaban agradablemente en los oidos de Lucy. ¡Qué felicidad tener un interés en comun con el doctor Antonio!

—Cuando llegue el caso yo diré á Battista y al sustituto el peligro que habria en divulgar el asunto; entre tanto, escribiré hoy mismo dos palabras de consuelo al pobre Battista.

—Gracias, dijo Lucy, y viendo que el doctor se levantaba, añadió: no he concluido aun: decidme, ¿qué país es ese tan lejano adonde fué Battista?

—Sidney.

—¿Y de qué enfermedad murió el padre de Speranza.

—De una enfermedad cuyo término científico no podriais conservar en la memoria; una afeccion que impide que el estómago se asimile ningun alimento. Como los que padecen esta enfermedad están pidiendo siempre de comer, los habitantes de esta comarca se imajinan que los infelices tienen en el estómago un pájaro que devora todo lo que comen; ¿no os ha dicho eso Speranza?

—Si; decidme tambien qué significa ir al monte; frase que Speranza repite muy á menudo.

—Casi todas nuestras parroquias poseen algunos montes que son de un gran socorro para las familias pobres, no solo porque sacan de ellos toda la leña y el forraje que necesitan, sino porque aun ganan algo vendiendo estas cosas necesarias á sus vecinos mas acomodados. Esta tarea de ir al monte le toca á las mujeres. No obstante, es el único trabajo penoso que hacen aquí; esto y la cosecha de aceitunas es la ocupacion principal y el recurso de las mujeres. A la falta de sueño y al excesivo cansancio que resultan de estas faenas atribuyo yo las enfermedades y la vejez prematura de muchas de ellas.

—¿Y la Madona de Lampedusa de que habla Battista en su carta?

—Es un santuario muy venerado y frecuentado por los aldeanos á causa de la imágen de la Virgen, que segun la tradicion vino milagrosamente á estas riberas, de Lampedusa, islote al Sur de la Sicilia. Es un sitio digno de ser visitado; la capilla está edificada en una roca saliente, á la mitad de una montaña escarpada, desde donde se distingue una vista magnífica.

—Me gustaria verla, dijo Lucy.

—Nada mas fácil cuando os halleis en estado de salir: dista no mas que cuatro horas. El establecimiento posee algunos cuartos para los viajeros y los enfermos que van allí á causa del aire que es muy sano.

—¿Habeis estado vos?

—Muchas veces. Se halla á una hora de Faggia, curioso pueblecillo á orillas del mar y á tres horas de aqui en carruaje. Ayer fuí; á propósito os he hecho un dibujo... ¿Dónde está?... En alguna parte le he guardado... ¡Ah! en mi sombrero.

—¡Qué bien hecho está! exclamó Lucy: por vuestro modo de hablar estaba segura de que dibujais perfectamente. ¡Qué bonito pueblo en el flanco de una colina!...

—Me gusta que le admireis... el pueblo, no el dibujo. Me prometo que un dia vuestro lápiz le hará mas favor. Pero os dejo, porque de otro modo seria tarde para escribir á Battista.

Al atravesar el jardin Antonio encontró á Sir John y se detuvo para decirle, que el sillon cuyo plan le habia enseñado, estaria hecho como deseaban dentro de pocos dias.

Sir John reiteró sus gracias y aun se dignó preguntar por el postillon, cosa que hacia siempre que deseaba mostrarse cortés con el doctor Antonio.

Próspero era una especie de terreno neutro en el cual las potencias beligerantes se encontraban pacificamente.

Antonio respondió que se habia levantado, pero que no podia trabajar aun. Entonces el baron le suplicó hiciera presente á Próspero, que en vista de los buenos informes que él mismo le habia dado, habia resuelto no perseguirle en justicia, como se habia propuesto en un principio.

Antonio agradeció la lisonja que le iba dirijida en las palabras de sir John, y respondió que se encargaba con mucho gusto de un mensaje tan benévolo y que debia tranquilizar á Próspero.

En seguida se separaron los dos personajes muy satisfechos uno de otro.

Por la noche Lucy dió á su padre un extracto de la historia del pobre Battista. Le señaló la triste situacion actual del pobre marino, y terminó con una peticion de fondos para auxiliarle.

Sir John, en realidad tan generoso como rico, rara vez negaba dinero á nadie y menos á su hija. Es verdad que en esta ocasion el dinero pedido no fué la única cosa que recibió Lucy de su buen padre, sino que la suma fué acompañada de una letania de avisos sobre la necesidad en que ella estaba de informarse de nuevo acerca del verdadero carácter de aquel hombre; pues decia sir John que aquel italiano podia ser uno de esos hombres turbulentos siempre en guerra abierta contra la autoridad establecida, y de los cuales Lucy habia oido hablar en Roma.

¿Cómo sir John habia evocado semejante sospecha hablando de Battista? La culpa la tenia Lucy que en su precipitacion para justificar á su nuevo protegido se habia aventurado por un terreno peligroso, y habia dado contra una de las obras avanzadas que defendian el aproche del celebro paterno.

Algunas de las aserciones de Lucy llegaban bastante directas al comandante de San Remo, y aun pretendian ir mas lejos. Sir John se daba por un hombre liberal y siempre dispuesto á admitir la discusion, en tanto que en realidad no podia oir la censura mas ligera contra un gobierno constituido, ni aun contra un funcionario público, sin erizarse como un puerco-espin y sin poner inmediatamente en buen estado de defensa todas las baterías que le guardaban contra la intrusion de toda novedad bajo cualquiera forma que fuese. Las insinuaciones de su hija le habian sorprendido, y principiaba á pensar que en todo aquello podia haber algo de rebelion. Por eso alzando la voz un poco mas que de costumbre cuando hablaba con su hija, terminó su discurso diciendo:

—En cuanto á tus absurdas críticas contra el gobierno, mi querida Lucy, permiteme que te lo diga, y se lo puedes repetir al doctor Antonio de cuya boca supongo que han salido, que un pueblo que posee un buen sistema municipal como el que veo yo funcionar aquí, no debe quejarse mas que de si mismo por ciertos abusos pasajeros como los hay en todas las sociedades.

Era esta una de las sentencias favoritas que sir John tenia en reserva, y que soltaba en ciertas ocasiones que queria producir efecto. ¿Qué motivo tenia sir John para creer que el sistema municipal que funcionaba en Bordighera era excelente? Nos seria imposible decirlo, en atencion á que el digno baron nunca se habia tomado el trabajo de informarse de ello.

Lucy, que mas de una vez se habia sentido ajada en el curso de aquella conversacion, no opuso al discurso de su padre mas que un silencio respetuoso, medio mas seguro quizá para calmar la irascible susceptibilidad del baron que toda especie de respuesta que hubiera podido aventurar aun en los términos mas cariñosos.

Tampoco juzgó oportuno repetir las palabras de su padre al doctor Antonio, cuando este llegó muy alegre al otro dia con la noticia de que habia encontrado al hombre que buscaba, que por la suma convenida se comprometia á reemplazar á Battista, y estaba dispuesto á embarcarse para Génova.

Los ojos de Lucy pintaron mejor que sus palabras su gratitud cuando entregó al doctor el dinero que debia depositarse en manos del cónsul inglés en Génova. Entrámbos rebosaban de júbilo con la felicidad que preparaban á los otros, y hasta sir John pudo felicitarse aquel dia; pues todos los gobiernos y todos los sistemas municipales de la tierra fueron generosamente olvidados.

X.

EN EL BALCON.

La silla larga imaginada por el doctor Antonio llegó en fin, y sir John, despues de haberla probado, manifestó que era la silla mas cómoda del mundo.

Otros varios objetos destinados á figurar en el gran suceso del dia, y entre los cuales se hallaba una caja con todo lo necesario para el dibujo, que habian llegado de Niza, estaban dispuestos el primer dia del mes de mayo, para la sorpresa que se queria dar á miss Davenne.

En ese dia á eso de las doce el doctor Antonio penetró en el cuarto de Lucy y la dijo:

—Preparaos para una gran sorpresa.

—Qué puede ser? exclamó Lucy.

Y mirándole fijamente, pareció que leia en su fisonomía la solucion del misterio, pues se puso muy encarnada y añadió:

—¿Voy á levantarme?

—¡*Brava!* exclamó Antonio, habeis adivinado. Si, os vais á levantar, pero con la condicion de que habeis de someteros á una infinidad de recomendaciones y de restricciones insoportables. Saldreis de la cama para tenderos tranquilamente en el largo sillon que van á entrar Rosa y Speranza, y debeis abandonaros pasivamente á ellas y á miss Hutschin que os vá á vestir. ¿Lo tomais como un chasco? añadió viendo que desaparecia el bonito colorido de sus mejillas; quisiera poder hacer mas en vuestro favor, pero es imposible.

Lucy habria debido tener un corazon mas duro que el que tenia para resistir al tono penetrado y á la mirada del italiano. La ligera nubecilla que un momento oscureció su rostro fué reemplazada por una sonrisa.

—Soy muy ingrata, dijo, perdonadme.

Y le tendió una mano, una manita tan encantadora, que Antonio tuvo ardientes deseos de besarla; pero se contentó con guardarla un segundo entre las suyas.

Una hora despues sir John, muy alegre, ayudaba á rodar la silla en donde estaba Lucy de la sala al balcon de que hemos hablado varias veces. En el balcon se habia levantado una tienda para resguardar á la jóven de los rayos del sol.

—¡Qué hermoso! ¡qué hermoso! exclamaba la jóven mirando con ansia en su derredor. ¿Cómo habeis podido pensar un solo instante, añadió volviéndose hácia Antonio, que mi imaginacion me hiciera ir mas allá de esa realidad? Ni la imaginacion de un poeta en sus sueños mas exaltados podria evocar tales maravillas.

—A decir verdad, repuso el doctor, yo no temia que os llevarais chasco. Aunque siciliano en el alma y admirador entusiasta de mi isla natal, convengo en que la escena que tenemos delante no le cede á ninguno de los puntos mas ponderados de la Sicilia.

—¡Qué sello tan oriental dan esas palmeras que se columpian á la colina de Bordighera! Se diria que estamos en Asia, exclamó Lucy.

Era con efecto un espectáculo asombroso. Enfrente se extendia hasta perderse de vista la mar tersa como un espejo y adornada con los matices mas variados; aquí brillaba el sol como un diamante inmenso, allí extendia los caprichosos pliegues de su blanca túnica de espuma.

Sobre ese fondo se destacaba vigorosamente un grupo de pescadores con gorros encarnados y cinturones rojos que sacaban sus redes á la orilla acompañándose á cada tiron con un canto lastimero que el eco de la montaña repetia mas débil y mas suave.

A la derecha hácia el Oeste la cinta plateada del camino serpenteando por entre casas diseminadas y bosquecillos de naranjos y de palmeras, guiaba el ojo hácia el promontorio de Bordighera, esmeralda gigantesca que cierra el horizonte; allí en un estrecho espacio que recrea la vista se distinguen todos los matices del color verde. Las palmeras con sus copas doradas por el sol y el pié de sus troncos en la sombra, columpiaban graciosamente sus gloriosos penachos por entre los cuales se destacaba el elegante campanario del pueblo.

Al Este la costa se abre en una curva graciosa, y luego inclinándose ligeramente hácia el Sur, se pierde poco á poco en el horizonte lejano del mar. De tres puntos de esa vasta media luna donde duermen las olas, se elevan tres cabos escalonados unos detrás de otros, todos ellos distintos en color y aspecto.

Dos velas blancas doblaban ese cabo. El paisage inundado de luz reflejaba su imágen; en la atmósfera trasparente se mecian átomos dorados. Tierra, mar y cielo, confundian sus diferentes matices, como de las notas de un acorde misterioso y grave nace una hermosa armonia

—Creo que podeis ejercitar vuestro lápiz, dijo Antonio. Dentro de quince dias, cuando esteis bien familiarizada con todas las bellezas que ahora se presentan á vuestros ojos deslumbrados, podreis apreciarlas en todos sus detalles.

—Eso estoy haciendo ya, respondió Lucy.

—Si, pero lo hareis mejor dentro de algunos dias, repuso Antonio. La percepcion de lo bello llega gradualmente, no es una revelacion instantánea; no solo pide tiempo sino estudio. Sucede lo mismo con un paisage como este que con una sinfonía. Muchas bellezas de detalle se pueden admirar la primera vez que se oye, pero el enlace de los diferentes pasages, sus relaciones recíprocas, su concordancia individual con el todo, en una palabra, lo que constituye el conjunto de una obra, no se aprecia debidamente, sino cuando se ha oido muchas veces y con atencion.

—Creo que teneis razon, dijo Lucy, que generalmen-

© Biblioteca Nacional de España

le creia que siempre tenia razon el doctor Antonio. Yo me pregunto, prosiguió, por qué todo lo que tiene un aspecto oriental impresiona tanto siempre. No puedo apartar los ojos de aquellas palmeras que me hacen pensar á la vez en las cruzadas, en los caballeros y en las escenas de la Biblia.

—La imaginacion toma mucho prestado á la memoria, dijo Antonio, y por consiguiente nos lleva hácia lo pasado. No se olvidan nunca las historias que se han oido en la niñez; son una fuente que jamás se seca del todo en nuestro viaje por las abrasadas arenas de la vida.

—Me gusta mucho Bordighera, exclamó Lucy despues de una pausa.

—Pero sin embargo, observó Antonio, Bordighera os quita una de las vistas mas extensas y grandiosas de la costas de Francia.

—No lo siento, repuso Lucy; un paisage demasiado vasto distrae mi atencion; el cielo y el mar son los únicos espacios grandes que yo contemplo con gustr.

(Se *continuar á.*)

VISITA DE SS. MM.

A LA BODEGA

DEL SEÑOR GONZALEZ, EN JEREZ DE LA FRONTERA.

Algunos periódicos de la corte se ocupan extensamente de la régia visita á algunas de las bodegas de Jerez, y con especialidad de la que hicieron SS. MM. al magnífico y suntuoso establecimiento de esta clase que posee y ha formado el Sr. D. Manuel Gonzalez.

Razon habia para esta visita, y razon tambien para los artículos que á ella se han consagrado, porque si los vinos de Jerez son los primeros del mundo, la bodega del Sr. Gonzalez es dignísima de los esquisitos vinos que encierra. Fuera de Jerez no se concibe lo que son aquellos establecimientos, y á lo mas se cree que serán almacenes mas ó menos extensos donde hay muchas botas apiladas, y que eso es todo.

No es por tanto extraño que SS. MM. quedasen, segun se afirma, agradablemente sorprendidas: porque si la Reina de España no puede admirarse de ver palacios suntuosos, acostumbrada como está á los suyos, bien puede admirar lo que antes no habia conocido, lo que es exclusivo de esta hermosa parte de la hermosa Andalucía; bien puede admirarse reflexionando tanta riqueza encerrada en modestas vasijas de madera; riqueza de un privilegiado suelo, riqueza de una aventajada industria, riqueza en fin que dá el bienestar á una provincia entera.

Los extractores de Jerez, y á su cabeza el Señor Gonzalez, que es el primero de ellos, han comprendido todo lo que exigian las necesidades de esta industria y todo lo que se merecian los vinos, frutos de ella.

Han creado, por tanto, grandiosos establecimientos, han erigido verdaderos palacios industriales, donde la arquitectura, no solo se acomoda á aquellas necesidades, sino que les presta además aquel carácter de severa belleza y de sencilla grandiosidad que dá desde luego una conveniente idea de la importancia y del valor de lo que allí dentro se encierra.

Tal es la bodega del Sr. Gonzalez. Su extension es portentosa, y sin embargo solo está en proporcion de lo que exige su gran tráfico y las faenas de aquella complicada industria, así como la conservacion de sus vinos. Aquel es en efecto un verdadero arsenal lleno de movimiento y de vida. Por todas partes se escucha el golpear de los martillos, el ruido de las máquinas, el crugir de las cadenas; una multitud de operarios se agita y bulle en los talleres, en los almacenes, en los depósitos de los caldos, y la inteligencia del dueño, extendiéndose á todos los pormenores, y multiplicándose, por decirlo así, para acudir á todo, para proveer en todo, es la fuerza motriz que pone en accion los elementos de la gran máquina que funcionando en cien diversos conceptos, dá por resultado una prodigiosa exportacion y una inmensa riqueza para el pais.

Tal es la magnífica bodega del Sr. Gonzalez, verdadero tipo de perfeccion de las magníficas bodegas de Jerez. Pues bien, esta bodega, para recibir la régia visita, se presentó vestida de gala, adornada, perfumada, coqueta en fin, y como diciendo á sus augustos huéspedes: «Yo tambien, aunque mas humilde, tengo mi corona; yo tengo tambien un nombre en Europa y en el mundo: mi corona es de pámpanos, soy la reina de los vinos, son mis estados las mesas de la aristocracia, y tengo mis palacios en Jerez, en vuestro Jerez, que hoy aquí os ofrece como homenage de amor y de gratitud los mejores frutos de su suelo y de su trabajo. Dignaos aceptarlos benévola, porque son hijos vuestros los que los ponen á vuestros pies.»

Las avenidas de la espaciosisima bodega estaban decoradas con arcos de arrayan y flores. El señor Gonzalez, con el esquisito gusto que le distingue, quiso que todos los adornos armonizasen con la índole del establecimiento: estos adornos se componian de pipas y toneles revestidos de hojas de parra y de racimos de uvas caprichosamente enlazados, que daban al edificio un aspecto encantador, así por la belleza de los objetos mismos como por la oportunidad de la eleccion.

No es posible formarse idea exacta de un establecimiento industrial si no se le vé funcionando; lo contrario fuera el querer juzgar de un hombre no habiéndolo visto sino dormido. Por eso el señor Gonzalez tenia preparada, para presentar á los ojos de SS. MM., la primera y una de las mas importantes labores de una bodega, la pisa de la uva, y al efecto habia hecho construir cerca de los lagares una preciosa tribuna, que fué ocupada por las reales personas.

La señal prevenida de antemano para principiar la faena era la voz de ¡viva la Reina! A esta voz, dada por el Sr. Gonzalez, y repetida con entusiasmo por todas las personas presentes, comenzó la operacion fundamental de una bodega, puesto que ella dá el mosto, que convenientemente elaborado se metamorfosea en ricos y aromosos vinos.

Antes de pasar adelante diremos que aquella aclamacion á la Reina, dada en aquel momento, nos parece completamente lógica, y por tanto oportunísima. ¡Viva la Reina! grita el guerrero al acometer al enemigo, y este grito, presagio del triunfo, le enardece: ¡Viva la Reina! debió allí gritar el trabajador al emprender su faena, porque en ella iba á conquistar un lauro para la industria patria, y este lauro no vale ciertamente menos que aquel para la prosperidad pública. En la Reina vemos personificadas, por decirlo así, todas las glorias del pais, todos los trabajos útiles que le engrandecen; justo es por tanto que cuando con su augusta presencia honra las tareas de los que así coadyuvan al bien del estado, estas tareas se inauguren en su nombre.

Despues de esta operacion, SS. MM. pasaron á visitar el magnífico alambique para la preparacion de los aguardientes, y de allí á las espaciosas bodegas, donde probaron algunas clases de vinos, que el Sr. Gonzalez extrajo de las botas.

El mismo señor, con su acostumbrada galantería, manifestó á S. M. que dedicaba para el uso de su real mesa un colosal tonel del mas esquisito de sus superiores y acreditados vinos, cuya oferta fué aceptada con esas benévolas y graciosas palabras que la Reina tiene siempre en sus augustos labios.

Mientras se servian á los excelsos huéspedes algunos refrescos, elegantemente dispuestos, SS. MM. se informaron detenidamente, así de las operaciones que se practican en los vinos, como del valor de la extraccion. El Sr. Gonzalez les manifestó que la del año anterior habia ascendido, solo de los vinos de su casa, á unos veinticinco millones de reales; cifra que dice por sí toda la importancia y riqueza de esta industria, y todo el crédito de que goza en Europa entera el establecimiento que aquel dirige.

Así terminó esta regia visita, en la que SS. MM. mostraron una viva satisfaccion. Por ello felicitamos al Sr. Gonzalez, quien por sí solo, y sin otro auxilio que su actividad, su honradez y su superior inteligencia, ha logrado en pocos años conquistarse una alta posicion, fundando un establecimiento modelo, y dando trabajo y bienestar á las innumerables familias que de él dependen. Ciudadanos tan útiles, tan laboriosos, honran no solo á un pueblo, sino á una nacion entera.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN VIOLETA.—Un rizado *á la vieja* de tafetan igual al del trage, de 8 centímetros de alto, guarnece el borde de la enagua: otros 3 de 7,—de 6,—y de 5 centímetros están colocados mas arriba del primero, separados unos de otros por un espacio de 5 centímetros. Estos rizados dan la vuelta de la enagua, y los tres últimos suben por delante formando túnica, hasta el corpiño; este es liso y abotonado; un rizado como los anteriores está puesto sobre él figurando una zuava que no baja hasta el cinturon; este es de largos cabos redondeados, orlados por otro rizado; mangas semi-anchas, con el mismo adorno, que sube hasta el hombro.

TRAGE DE TAFETAN VERDE.—Enagua orlada por un volante encañonado, sobre el que corre una tira de terciopelo verde; gran capa de paño gris claro, guarnecida por tres tiras de terciopelo negro, dispuestas en ondas; dos de estas suben sobre los delanteros, y debajo de cada tira se coloca un volante encañonado (de 4 centímetros de alto) de tafetan gris, del mismo color de la capa; sombrero de encage negro, adornado de terciopelo grosella; anchas bridas redondeadas de terciopelo grosella, rodeadas de encage negro.

Es mi prima y mi segunda
parte de cuarta y primera,
y segunda con la cuarta
es resinosa materia.
Mi cuarta con mi segunda
busca el buque en la tormenta,
y á una mujer que es lisiada
llámanla cuarta tras tercia.
Esta y prima, es propiedad
que se busca en toda hembra;
prima y cuarta es un costal,
y el todo que aquesto encierra,
es una ciudad de España.
Torpe estás si no la aciertas.

Solucion de la charada inserta en el n.º 41.

Dos fuentes en Irurita
dan orígen al rio *Arga*,
y es indispensable cosa
en las batallas el *arma*.
Las redes con que se pesca
no hay duda que son de *malla*.
y hechicera es la mujer
á quien tenemos por *maga*.
Gama se llamó en lo antiguo
de la música á la escala,
y con fervor pido á Dios
que me libre de una *llaga*,
y á la vez que en una *sima*
mi pobre cuerpo no caiga,
dándome para lograrlo
siquiera una sola *llama*
cuando á caballo en mi *silla*
á *Argamasilla* me vaya.

Córdoba 11 octubre 1862.

BERNARDO LOPEZ DE LA TORRE.

Solucion del geroglifico anterior.

No es todo oro lo que reluce.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesoreria ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España